

Gabriel Castro Cervantes

Índice

Portada

Portadilla

Introducción

1.- La desaparición del Calcetín Rojo

2.- El salto detrás de la lavadora

3.- La Liga del Rincón Perdido

4.- Don Pelusa y su ejército del polvo

5.- El Plan de la Lint-tormenta

6.- Operación Desempolvar

CAPITANA CALCETIN
y la Liga del Rincón Perdido
por Gabriel Castro Cervantes



CAPITANA CALCETÍN

Y LA LIGA DEL RINCÓN PERDIDO



Capítulo 1: La desaparición del Calcetín Rojo

A la familia Pérez siempre se le perdían cosas pequeñas: botones, ligas para el cabello, fichas de algún juego que nadie recordaba cómo se llamaba. Pero ese domingo por la tarde desapareció algo importantísimo: **el calcetín rojo favorito** de Nico.

—¡Mamáaaa! —gritó Nico desde su cuarto—. ¡Mi calcetín rojo no está!

Su mamá asomó la cabeza por la puerta con una cesta de ropa en brazos.

—¿Lo buscaste bien?

—Sí. Revisé bajo la cama, detrás del escritorio y en el cajón de los “por si acaso”. Solo encontré una canica, una migaja de galleta y tres pelusas sospechosas.

La mamá dejó la cesta en el piso y, con esa mirada que usan las mamás cuando quieren resolver un misterio sin hacerlo un problema, preguntó:

—¿Y su pareja?

—La pareja está aquí —dijo Nico levantando un solitario **calcetín rojo** con rayas azules—. Pero sin su hermano está... triste.

El calcetín se veía, efectivamente, como un perrito esperando en la puerta. Nico lo acarició con el dedo.

—Tranquilo, hermano de tela. Lo encontraremos.

El primer lugar al que fueron fue la sala. Bajo el sofá vivía un polvo que, si tuviera pasaporte, seguramente estaría lleno de sellos. Nico se tumbó en el suelo con una linterna.



—Veo un lápiz, dos migas de palomitas... y... ¡una colonia de pelusas bailando tango!

Su mamá se rió.

—Saca lo que puedas. Pero no metas la cabeza hasta el cuello, por favor.

Nico estiró el brazo al máximo. Nada. El calcetín rojo ausente no estaba allí.

Luego, revisaron el baño.

—A veces los calcetines se esconden en la toalla —dijo mamá, como quien comparte una sabiduría antigua.

Pero no. Solo encontraron un patito de hule con cara de filósofo y un peine que había decidido convertirse en escoba para pelusas.

—¿Y si el calcetín se fue de vacaciones? —bromeó mamá.

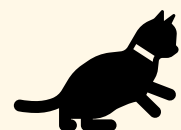
—No sin avisar a su hermano —dijo Nico, muy serio.

Quedaba un lugar: **el cuarto de lavado**. Ese territorio misterioso con olor a jabón, cuyo suelo parecía una playa de tapitas y ganchos de ropa, y donde la lavadora reinaba como una gran ballena blanca.

Cuando llegaron, la lavadora ronroneaba, contenta, con un ciclo de enjuague. La secadora, al lado, dormía con la boca abierta.

—**Aquí siempre desaparecen cosas** —susurró Nico, como si estuviera en una biblioteca de fantasmas.

Mamá dejó la cesta sobre la mesa y empezó a doblar camisetas. Nico se agachó a mirar detrás de la lavadora, ese famoso abismo angosto donde caían monedas, lápices, un cochecito miniatura y, a veces, esperanzas.



—No puedo ver nada —dijo—. Es un túnel oscuro que huele a jabón y... ¿canela?

La lavadora dio un golpe, como si estornudara.

—Salud —dijo Nico por cortesía.

—A ver —dijo mamá—, trae la linterna.

Con la luz, el abismo se volvió un poco menos abismo. Había polvo, sí, pero también algo que brilló un instante, como una estrellita.

—¡Ahí! —dijo Nico—. Vi algo rojo.

—Cuidado —advirtió mamá—. No metas la mano sin mirar.

Nico se tendió en el piso, estiró el brazo y alcanzó a rozar lo que fuera con la punta de los dedos. Era suave, como... **tela**.

—¡Lo tengo! —gritó.

Jaló. El objeto cedió un poquito y luego se detuvo, tercamente atascado.

—Se atoró —informó, con el brazo todavía en el túnel.

—No tires fuerte —dijo mamá—. Voy por una regla para empujar.

Pero en ese momento, la lavadora hizo *buuuuum*, un sonido hondo que vibró como un tambor. La luz parpadeó. La regla se quedó esperando su entrada a escena, porque Nico, sorprendido, empujó sin querer y su mano se deslizó más... y más... hasta que sus dedos tocaron algo cálido.

—¿Cálido? —murmuró—. ¿Detrás de la lavadora hay sol?



El suelo vibró otra vez. El túnel soltó un airecito tibio que olía a ropa limpia y a historias por contar. Y entonces, pasó.

El calcetín rojo le apretó el dedo.

—¡Ay! —dijo Nico, más de sorpresa que de dolor.

—¿Qué pasó? —preguntó mamá, girándose.

—Nada, creo que rozó... algo.

Pero no era “algo”. Era “**alguien**”. Porque la voz más pequeña y valiente del mundo susurró, desde el túnel:

—**No me sueltes. Estoy aquí.**

Nico abrió la boca, cerró la boca, abrió la boca, como si fuera un pez que intentaba recordar una canción.

—Mamá —dijo al fin—, escuché una voz.

—Debe ser el radio de tu papá, que siempre lo deja en cualquier lado

—respondió mamá con naturalidad.

—No —dijo la voz pequeña—. **Soy yo.**

Nico tragó saliva, mirando a la lavadora como si acabara de contarle un chiste.

—¿Quién... eres?

—**Capitana Calcetín** —dijo la voz—. Y necesito ayuda.

El corazón de Nico dio un salto que casi se le sale por la oreja.

—¿Capitana... qué?

—**Capitana Calcetín** —repitió con paciencia—. Lidero la **Liga del Rincón Perdido**. Uno de tus calcetines ha sido raptado por **Don Pelusa**. Si no lo rescatamos, quedará olvidado para siempre.

